

PEQUEÑO TRATADO DE MELANCOLÍA

JOSEFINA SOLANO MALDONADO

Cuando desperté me di cuenta de que mi vida era una caja de música llena de valeses tristes. Naufragaba en la angustia, y me sabía herida dentro, no en la sangre, ni en los huesos, sino en algo mucho más profundo que quizás pudiera llamarse alma.

Daniel me observó, como lo hacía en los últimos meses, con la extrañeza de un desconocido, incapaz de confortarse como antes en mi mirada que ahora era oscura y melancólica. Antes de marcharse se acercó a la cama a darme un beso, y sentí en sus labios una rebeldía concentrada e inmóvil de prisionero. Sus besos no sabían ya de la misma manera, porque los míos se habían ido convirtiendo en algo gelatinoso, cuyo único sabor era el de la hiel y la rutina, el del desengaño acaso.

Cerré los ojos y grité en silencio. ¡Mentira todo! Todo era una gran mentira para mí, la mayor de ellas mi propia existencia, y me maldecía una y otra vez “egoísta, necia, cruel, ingrata, cobarde, soy todo eso, no merezco el aire que respiro”. Después de aquella furia repentina, regresaba el vacío que se hacía opaco lentamente, mientras el silencio adquiría la consistencia de un viento estival cargado de avispas que aguijoneaban mi ser.

La puerta de la calle se cerró, rechinó la cerradura, la mirilla se balanceó sobre su eje: tres ruidos ya familiares, ya odiosos, que señalaban la huida de Daniel. Experimenté de nuevo un sentimiento de abandono y soledad, como un náufrago abandonado en mitad de una isla desierta, y me cubrí la cabeza con la sábana para evadir la débil luz que se filtraba por la ventana, para llorar agazapada como una niña.

Intenté dormir, el sueño era mi única escapada del infierno. Siempre esperaba algo aunque no sabía qué, y siempre ocurría lo mismo: amanecer, llorar, dormir, y volver de nuevo a despertar para seguir oyendo de nuevo los valeses tristes que salían de la caja de música de mi vida.

II

Daniel atravesó la avenida y salió a una plaza en la que meses atrás había sido feliz con Amanda. ¡Qué triste y frío parecía ahora todo! En aquel lugar la había visto sonreír, corretear tras las palomas, bajo el sauce se habían besado por primera vez, y sentados en cualquier banco habían planeado miles de cosas, llenos ambos de ilusión. Pensó en todo lo que daría por volver atrás, y abrazarla de nuevo, por encontrarla como era entonces.

Comenzó de nuevo a caminar mientras buscaba respuestas rápidas a sus interrogantes, ¿por qué Amanda se comporta así? ¿Por qué ha perdido el apetito? ¿Por qué sus besos me saben a excusa? ¿Por qué demonios está siempre tan triste? Creía que toda insistencia por exigirle de nuevo a su mujer una explicación sobre aquella actitud sería inútil.

Andaba casi sin fijarse por dónde iba, con los ojos contraídos y un rictus de amargura en los labios. Pensaba en Amanda, y consideraba que, víctima de su despecho, había sufrido humillación tras humillación, pese a lo cual siempre había vuelto en actitud conciliadora. Pero ya no podía, no debía seguir tolerando aquello.

Había sido lastimado en lo más hondo de su ser, y tenía la sensación de que había llegado a un punto en que no podía rebajarse más. “Es una caprichosa engreída, no voy a aguantarlo por más tiempo” se decía una y otra vez.

Un coraje instintivo se había ido incubando en su interior, un proceder nervioso, punzante y nuevo para él se le revelaba ahora cuando pensaba en ella siempre apesadumbrada, colérica si intentaba en algún instante sacarla de aquel estado o pedirle que le detallara las causas del mismo.

Amanda además de haber perdido considerablemente el apetito no se arreglaba, junto a noches enteras de insomnios, pasaba luego a dormir durante día y noche sin

descanso, las salidas eran escasas, y podría decirse que la única actividad que conservaba entre sus antiguos hábitos era la de leer, aunque también había aminorado el tiempo que ocupaba en ello. Cuando la descubría llorando y se acercaba, eran pocas las veces en que aceptaba su abrazo, en la mayor parte de las ocasiones rogaba persistentemente que la dejara sola.

Habían transcurrido ya tres meses, un largo camino donde hubo de renunciar a muchas cosas y saber aceptar otras que de primera intención eran inaceptables. Daniel estaba decidido a poner punto y final a aquella situación. Amanda debía dejar de comportarse como una niña caprichosa e irritable, si no lo hacía estaba dispuesto a abandonarla.

III

Era la una del mediodía cuando desperté. Me encontré perdida en una habitación fría, un hogar encallado, una soledad contagiosa, un silencio de nieve. La ropa que había utilizado la última vez que salí a la calle, hacía ya tres días, permanecía desordenada sobre el sillón. Los libros que había ido leyendo en las últimas semanas permanecían desparramados por el suelo, donde estaban también las muñecas que había rescatado del altillo del ropero, y que había ido estrellando contra las baldosas. Las muñecas no eran capaces de devolverme la felicidad de la infancia, ya no eran mis confidentes en aquel reino en que habíamos vivido y donde no era posible la tristeza.

No aceptaba aquella ruina que había sido crecer, hacerme adulta, perder de repente los pájaros, los amaneceres, las flores para considerarlas tristes bestias de un dios, empeñado en destruirme. ¿Por qué no me das ya de una vez el valor necesario para

huir de tanto sufrimiento, dios o como quiera que te llames? Interrogué en voz alta al levantarme.

Me dirigí a la cocina para prepararle la comida a Daniel. Yo no tenía apetito. Me había dicho que no vendría a almorzar, pero pensé que tal vez la reunión de la tarde fuera anulada, y acudiría puntual a las tres, como cada día.

Cuando acabé de cocinar, puse la mesa, y me senté a esperarlo. Contemplé como las franjas de sol que se colaban por la ventana se habían ido empequeñeciendo, al ir entoldándose el cielo poco a poco. A las tres, Daniel no apareció, empecé a mordisquear una manzana, masticando lentamente cada trozo, que luego se me enquistaba en el estómago vacío. Dieron las cuatro, y las cinco y no llegaba. Lo telefoneé cientos de veces, pero siempre saltaba en buzón donde una voz enlatada me decía que estaba desconectado o fuera de cobertura.

En cada intervalo, miraba el cuchillo que había sobre el mantel, e imaginé la hoja sobre mis muñecas. Unos cortes sobre las venas, y comenzaría mi vuelta al deshacer, a la nada de donde nunca debía haber salido. Todo era para mí una sinrazón, no había nada por lo que debiera luchar, la vida era un exceso que no podía afrontar por más tiempo. Decidida, cogí el cuchillo y lo coloqué sobre el brazo izquierdo.

IV

-Te vengo notando un tanto raro en las últimas semanas, Daniel. Cuando no estás como ausente, hay un evidente gesto de preocupación en tu cara –dijo Ernesto, amigo y compañero de trabajo.

-Hay tarea acumulada. Tengo que acabar el inventario antes de una semana, eso me tiene agobiado –aseveró Daniel con la voz apagada.

-Ese no es el problema. Te conozco desde que éramos niños, Daniel, y nunca el trabajo fue para ti el causante de un malestar como el que se te ve ahora. Sabes

perfectamente que tendrás acabado el inventario antes de una semana, llevas años en esto, y eso no es para ti un reto inalcanzable. ¿Qué te pasa, compañero? Confía en mí, recuerda que sigo siendo tu amigo.

Daniel golpeó nerviosamente con la cucharilla el borde de la taza, y miró a través del ventanal de la cafetería donde estaban. Perdió durante unos segundos la vista en el letrero luminoso de la farmacia que había enfrente, y sin hallar palabras con que excusarse de nuevo, se dejó llevar por Ernesto.

-Es Amanda. Hace unos meses que todo va mal. Ella se ha vuelto esquiva, huraña, descuidada. Apenas hablamos y si lo hacemos es para discutir. Le he pedido mil veces que me diga qué ocurre, pero nunca me da una explicación convincente. Se encierra a llorar y así lo soluciona ella todo.

-¿Y a qué se debe ese cambio de actitud?

-Eso quisiera saber yo, a que se debe ese cambio que me está volviendo loco. Si no quiere que sigamos juntos ¿por qué no me lo dice? Actúa como una niña caprichosa, hoy como mañana no como, hoy salgo y luego tres días sin pisar la calle, no quiere que la abrace, ni que la ame. No estoy dispuesto a aguantar más.

Daniel soltó violentamente la cucharilla sobre la mesa, y esquivó los ojos de su compañero, desviando de nuevo los suyos hacia el exterior.

-Tranquilízate, por favor. Analicemos las cosas detenidamente. No saques conclusiones precipitadas. Algo ha tenido que pasarle a Amanda para que se comporte así. ¿Cómo está su abuelo? ¿Sigue dando clases de literatura?

-Su abuelo continúa estable, aunque ya todos sabemos que padece cáncer. Pero hay que aceptar las cosas como se presentan, Miguel tiene ya ochenta y nueve años. Amanda tiene que saber que nadie es inmortal. Y respecto a las clases, hace cuatro meses que no trabaja. Acabó la sustitución en el instituto, y no han vuelto a llamarla. Pero tarde o temprano volverá al trabajo, ha pasado antes temporadas más largas sin dar clase

y no se ha puesto de esta manera. Ya sabes que he solicitado horas extras en la empresa para llegar desahogados a fin de mes. Pues empezó reprochándomelo diciéndome que sólo iba a casa a comer y dormir, “eres como un huésped” me decía. Pero si no curro más no podemos hacer frente a la hipoteca. Ahora ya no dice nada si yo no saco el tema, y como siempre acaba culpándose de su inutilidad, ahora dice que ella es la responsable de que yo tenga que echar horas extraordinarias. Muchas veces llego a casa y está encerrada en la habitación de los invitados. Me deja una nota sobre la mesa diciéndome que no la moleste, o sea que hay días en que ni siquiera veo a mi mujer, compartiendo los dos el mismo techo. Los fines de semana intento convencerla para ir a pasear por la playa, o por la montaña, o salir al cine o cenar. Casi nunca tiene ganas, y si accede, transcurre la ruta en silencio, o en un diálogo donde yo hablo y ella contesta con monosílabos.

-Esa conducta no es normal, Daniel ¿Ha ido al médico para contarle lo que le pasa, para decirle que está baja de ánimos?

-Se niega rotundamente a ir al médico. Dice que ella no está enferma. Que se nota cansada y desanimada, pero que será algo pasajero y lo superará. Sin embargo la tristeza crece por segundos, cada día está más apagada. Cuando cobra bríos es para pelear conmigo, a veces por nimiedades. Y de nuevo el silencio y las lágrimas. No sé qué hacer, Ernesto, estoy desesperado. He pensado incluso en abandonarla.

-Amanda está enferma, Daniel.

-¿Y por qué no quiere que la lleve al médico?

-Ella intenta pelear contra sus fantasmas pero no los vence. No obra por capricho, ni tiene la culpa de nada. ¿Recuerdas como estaba mi madre hace tres años? Presentaba los mismos síntomas que tú me estás describiendo, el doctor le diagnosticó una depresión severa, y la puso en tratamiento de inmediato. Ha mejorado considerablemente, eso ya lo has visto. No soy quien para augurar cuadros clínicos, pero creo que Amanda padece

depresión, y una de las características de estos enfermos es negarse a reconocer que la padecen.

-Todo se ha vuelto negativo para ella: el mundo, la gente, el futuro... Y no logro hacerle ver, que ese estado en el que se encuentra no es normal. Intento que vea las cosas de manera positiva, le sugiero que vayamos al médico, pero siempre termina insinuándome que lo que pretendo es encerrarla en un manicomio.

-Si quieres yo puedo hablar con ella, contarle mi experiencia con mi madre. Tal vez recapacite. Déjame llamarla, por favor.

Daniel se mantuvo un instante en silencio, y le ofreció el teléfono a su amigo.

V

Cuando iba a presionar para hacer el primer corte sobre las venas sonó el teléfono. Vi el número de mi marido y pensé en no descolgar. Si clavaba el cuchillo morirían todos los problemas que le causaba, y alcanzaría por fin la libertad absoluta, lejos del averno en el que estaba y al que arrastraba cada día a Daniel. Un poco de miedo, la vacilación estúpida, y un asomo de perplejidad hicieron que atendiera la llamada.

Reconocí de inmediato la voz de Ernesto al otro lado:

-Amanda, he estado hablando con Daniel, y le he explicado, sin temor a estar equivocado, que tu actitud no se debe a actos caprichosos, ni tu llanto a rabieta de niña malcriada. La vida no tiene un argumento lineal, Amanda, la vida es una sucesión de situaciones, y tú atraviesas ahora una muy difícil, de la que no puedes escapar sola. Mi madre estaba igual que tú, y quiso dejarse ayudar. Por favor, Amanda, permite que Daniel, tu familia y tus amigos te ayuden. Tienes que ser tratada médicamente, los psicólogos y psiquiatras conocen los dobladillos que tenemos dentro, todo el polvo y la suciedad que hemos ido acumulando con nuestros deseos y frustraciones. Sabes de

sobra como estaba mi madre, no era ella, era la sombra de sí misma, y durante mucho tiempo ella se negó a reconocerlo. No tengas miedo ni vergüenza, ninguna vergüenza, ninguna contención, tú no estás loca, estás enferma y necesitas ser curada.

Las palabras de Ernesto me fueron tranquilizando, era la primera persona que en las últimas semanas me hablaba de manera distinta. Antes habían abundado los silencios, los diálogos enconados, las miradas violentas o tediosas, los abrazos desabridos.

-¿Vas a dejar que te ayudemos, Amanda? –me preguntó untando su voz con tono de súplica.

Solté el cuchillo sobre la mesa, y me contemplé en el espejo del fondo. Vi un rostro macilento, los ojos bordeados de ribetes negros, los labios resecos, miraba las asperezas, las líneas quebradas de mi piel, y reconocí, tal como había dicho Ernesto de su madre, que aquella no era yo, sino la sombra de mí misma.

-¿Vas a dejarte ayudar? –insistió de nuevo.

Y con la voz entrecortada por el llanto se lo prometí.

VI

Daniel y Amanda acudieron al psiquiatra que les había recomendado su amigo Ernesto. Ella no reclamaba a la vida más que lo único que le era inestimable: la ilusión de continuar, de seguir adelante. Después de la revisión, el doctor diagnosticó a Amanda un trastorno depresivo que denominó “melancolía”, tal como lo hiciera en la antigüedad Hipócrates, y tal como lo hacía la psiquiatría alemana. Explicó que era una enfermedad cerebral, no hacía falta grandes motivos para que se sintiera triste. La melancolía hacía

que ella lo convirtiera todo en imposible, que su percepción de la realidad fuera negativa, que no creyera ya en ninguna forma de placer ni de gozo posible en la existencia.

El doctor determinó prescribirle un tratamiento farmacológico y otro psicoterapéutico. Cada semana Amanda debía acudir a la clínica para entrevistarse con un psicólogo. Le pidió confianza, y le aseguró que mejoraría notablemente, ella lo miró reacia, se sentía demasiado herida por dentro como para creerlo en aquel preciso momento. Su rostro pasaba de la atención despierta a la reflexión grave que acababa en el escepticismo. Inculpó a su conciencia, pero ésta sólo pudo devolverle el susurro gris del desaliento. Se sintió otra vez hueca, pusilánime, achicada, repugnante.

Cuando salieron de la consulta, ella comenzó a llorar, Daniel la abrazó fuerte y le prometió que estaría siempre a su lado, y que juntos volverían a recuperar las viejas ilusiones, le dio ánimos y le hizo saber que en aquella lucha, no estaba sola.

VII

PRIMERA SEMANA

-Buenos días, Amanda, soy Manuel Silva, el psicólogo que va a iniciar contigo la psicoterapia, ya he revisado el informe del psiquiatra que te visitó la semana pasada.

-Buenos días, señor Silva.

-¿Cómo te encuentras?

-Me siento muy hundida.

-¿Puedes describir esos sentimientos de un modo más explícito?

-Doctor, me cuesta mucho ahora expresarme verbalmente. ¿Cabe la posibilidad de que usted me permita hacerlo por escrito? Siempre tuve facilidad para expresarme escribiendo.

-Me parece una idea perfecta. Me gustaría que escribieras cómo te sientes. ¿Prefieres estar sola o me quedo en el despacho contigo?

-Prefiero estar sola.

-Pues te dejo media hora.

El psicólogo le dio a Amanda unas cuartillas y un bolígrafo y salió.

Ella comenzó a escribir.

AUTORRETRATO

Si dicen “Amanda” respondo. Ese es mi nombre, un nombre que significa “la que ha de ser amada”. Nunca imaginé que sería amada por la melancolía, que tiene el corazón de piedra y la sangre de granito.

A veces estoy ahí, disfrazada de objeto, inmersa en la misma sombra que tilda mis muñecas, descoloridas por el tiempo, despojos de una infancia perdida donde alguna vez fui feliz. Entonces la mentira era verdad, y el descalabro del mundo era evitado con los cuentos de hadas.

Un día desperté y me vi encerrada en el dédalo de la existencia, cumpliendo metódicamente el oficio de vivir, un oficio que quizás todavía no haya aprendido a desempeñar. Ahora soy un espejo roto que multiplica en cada añico días grises, risas de mendigo, bemoles a destiempo, narices de payasos tristes, el Chaplin olvidado de Charlot, el monigote de un dios que ha dejado de tener nombre para ser nada. Las horas transcurren lentas sonando en cada minuto a desesperación.

Quizás sea eso, quizás todavía no he aprendido a vivir y no sé sortear el abismo que se abre ante mí y que se resuelve en una caída sin final, siempre sin final, siempre cayendo. La calle es para mí el Callejón del Gato, y la gente la personificación del esperpento, todos deformes, engolados, redomados, inteligentes, risueños, extraños, ajenos a mí, porque ellos viven y tal vez yo me esté muriendo. Huyo de esa realidad y leo a Rosalía, “es como yo” me digo, y lloro por ella, por mí, por todos los poetas, por todos los tristes. Bukowsky machaca las tripas, bebe, folla, pero también lo sabe: vivir es un dolor, regateado por el cinismo, atacado por la infamia de quien siente que todo es un camino sin retorno.

Sí, me llamo Amanda, una mujer hecha a imagen y semejanza de la angustia, por sentir todo excesivamente, porque todo resulta excesivo e inabordable para mí. Me siento como una meretriz en el prostíbulo de la melancolía ¿Merece la pena seguir viva en este estado?

Esto fue lo que escribí, el autorretrato que leí al doctor Silva. Éste me miró fijamente durante unos segundos, y luego me habló con voz pausada:

-Amanda, siempre merece la pena seguir adelante, porque siempre hay un motivo para ello, aunque tú ahora mismo no lo encuentres. Tú estás capacitada, como cualquier otra persona, para desempeñar el oficio de vivir, pero tienes que empezar a aceptar lo que ese oficio significa. Una de las tareas más importante consiste en vencer las dificultades y en sacar el mejor partido posible de las situaciones desventajosas. Debes luchar contra la melancolía, y dominarla, ahora es ella quien te domina a ti. Es cierto que el mundo no es un camino de rosas, pero todo tiene su lado positivo, y eso es lo que tienes que aprender a ver. Has de dejar de caer por el abismo, y no debes culparte de algo de lo que no tienes culpa alguna.

Repite cada día: “Yo, Amanda, soy una persona como cualquier otra, con mis defectos y virtudes, y me acepto tal como soy con los elementos externos, incluso los que no puedo transformar, y al aceptarme veré que puedo hacer con esta Amanda”.

Tú puedes, por ejemplo, contemplar la belleza de una puesta de sol sobre el mar, un ciego jamás podrá hacerlo, considérate afortunada por eso. No pongas barreras a la hora de marcarte un objetivo, porque un objetivo en tu vida es una ilusión, y eso es lo que tú solicitaste al doctor Fernández la semana pasada.

Acuérdate, por ponerte un caso, de Demóstenes, quería ser orador, pero tuvo que empezar a aceptarse tal y como era con su ingénita tartamudez. Jamás renunció a su sueño, ni desfalleció en su intento. Se fue a la orilla del mar, y llenándose la boca de piedrecitas para articular con más fuerza los sonidos, se ejercitó en ahogar el ruido de las olas con el estruendo de su voz. Fue de este modo como logró una dicción clara y firme. Cuando dicen que Demóstenes fue un gran orador a pesar de su tartamudez, digo yo que eso no es lo correcto, llegó a ser un orador de suprema elocuencia porque fue tartamudo.

Amanda, la vida nos obliga a ser como un arquitecto, tenemos el terreno y tenemos que empezar a construir nuestra casa. Debes hacer buenos cimientos para que no se derrumbe, aún así estará a expensas de un terremoto que pueda cimbrearla o incluso destruirla. Pero no debemos pensar que llegará el terremoto, y cohibirnos por ello. Si sucediera la catástrofe hay que tener la fuerza suficiente para volver a levantarla, esta vez los cimientos serán más sólidos, y por tanto la vida será más consistente y tendrá significado por la lucha misma. Tu casa está ahora destruida, Amanda, tienes que empezar a reconstruirla y debes emplearte a fondo en ello. Cuentas ya con la ayuda médica, tu marido y tu familia te apoyan. Tienes facilidad para escribir, hazlo. Verás una evolución cuando leas este autorretrato dentro de un año. Ahora vomita sobre el papel tus celos, tus fantasmas, tus dudas, lo que quieras. Escribir será una buena terapia.

Fue así como escribí un pequeño tratado de melancolía que ahora reproduzco.

A.- AUTORRETRATO (Descrito anteriormente)

B.- PÁGINA DE UN DIARIO DE UNA MUJER QUE PADECE MELANCOLÍA.

Melancolía: del griego *melas* 'negro' *Khole* 'bilis'

Hoy me ha atacado de nuevo la bilis negra, se ha colado dentro de mí cuando miraba al otro lado de la ventana caer la lluvia. Ha vuelto a convertirme en su marioneta, y me ha manejado con los hilos de la desesperanza. Sólo podía pensar en las navajas, en el salto al vacío, en la soga...

Me he ido a mi habitación y he mordido la almohada para ahogar mis gritos, me he golpeado a mí misma y me he llamado cobarde. Decir ahora que continúo aquí suena irreverente, no obstante continúo y espero.

Tengo que aprender a gozar las cosas en un ámbito nuevo, como hacen aquellos que algún día vieron y ahora están ciegos, o los que escucharon y ahora están sordos, o los que caminaron y ahora están parapléjicos. Tengo que aprender a caminar sobre el mapa que ha configurado la melancolía sobre mi alma, aprenderme toda su geografía para evitar los barrancos y los escollos, para buscar un refugio que me ponga a salvo de los días somnolientos y pegajosos, llenos de vacuidad, en los que no me acostumbro a ser. ¿Podré conseguirlo alguna vez? ¿Podré vencer este dolor hondo que me tortura?

Al atardecer he pensado en Daniel, en mi madre, en mi abuelo, ellos se empeñan en hacerme ver lo que valgo, existen seres aún para quienes yo lo represento todo. He pensado en ellos y por ellos quiero vencer la peste negra que me asola.

¡Huye de mí, negra melancolía!

C- SPLEEN O TAEDIUM VITAE

Recordé tu voz, escuché tu silencio
y quise decirte, melancolía:
estoy aquí con mi certeza
de todo o casi nada;
estoy aquí, regateada por el cinismo,
por la verdad acaso;
estoy aquí en mitad del esperpento
con los ojos tristes y la risa estirada;
estoy aquí resistiendo la tentación
de las navajas o el abismo;
estoy aquí en una soledad amarga
donde hay mucha gente;
estoy aquí, acosada por la infamia
de lo que ahora es el mundo;
estoy aquí como un fantasma irrisorio
que tiene cuerpo de mujer joven
y alma de niña asustada.
¿Por qué me atormentas, melancolía?
¿por qué me dejas ,perdida en el laberinto de la existencia?
Recordé tu voz, escuché tu silencio,
y sólo se oía mi sombra de avestruz,
mis manos de vagabunda, mis labios de puta,
mi piel de lagarto enfermo, mi cobardía hastiada,
mi cansancio de orangután, mi estúpida lucha por ser.
Tu silencio.
Me faltaban los nombres para ponerles
nombres a las cosas,
porque en la palabra “rosa”

hay dolor además de rosa,
porque en la palabra “amor”
hay también una porción de llanto,
porque en la palabra “vida”
hay muerte además de vida.
Te dije adiós,
y no te ibas, no te ibas, no te ibas...
Llegaba de nuevo mi derrota:
otra vez la niña de Carroll
desandando el espejo hasta el llanto,
otra vez Penélope en la noche
destejiendo silenciosa el paño,
otra vez una criatura de Kafka,
vomitada por el asco.
Y grité para llamar a dios
mal nacido, hijo de puta, traidor...
¿pero qué era dios sino una inmensa nada?
¿qué era el edén sino una inmensa falacia?
Cerré los ojos y sin decirme nada
me dijiste: “llora y quédate seca”
Y mis lágrimas te abordaron sin tocarte,
“llora y quédate seca”
y lloré en los escombros de mi destino,
“llora y quédate seca”
y mi llanto fue entonces mi castigo.
Una última pregunta:
¿Acaso sabes lo que es la vida?
Escuchaba tu voz, y tu voz
se asomaba al espectáculo del mundo:
Todo ¡perfecto!, perfecto, ¿perfecto? ¿perfect?
¿perfec? ¿perfe? ¿perf? ¿per? ¿pe? ¿p? ¿?
Todo, acaso nada, acaso yo, mi vida...
Cerré los ojos y tu voz me anillaba
como una serpiente por las afueras de mi dolor,
por los adentros de mi tristeza,

Te odié porque me dejabas en un
desamparo de niña sin trenzas ni muñecas.
Pero tu voz recorría el momento,
enseñándome el santo deber
de estremecerse y callar.
Me estremecí contigo.
Callé para oírte.
Silencio. Sólo silencio.
Dolor. De nuevo dolor.

D.- UN PECADO DE ACEDIA PARA KAFKA

Se apresuró a salir de debajo del sofá para acercarse a la ventana. Sus patas habían adquirido una agilidad sorprendente. Podía reptar sin la menor dificultad por la pared, lo que había sido impensable hacía sólo unas horas. Al llegar al alféizar notó que su vientre gelatinoso se iba endureciendo, la tráquea se iba hinchando, la boca se iba agrandando por la presión de las encías. Se mantuvo quieto para parar aquel desorden de sus miembros, en sus oídos comenzó entonces a crujir el desgarramiento de los cartílagos adaptándose al pecho, el latido acelerado del corazón, el rugido de la sangre que corría presurosa por las venas. Empezó a sentir asco del olor de las cáscaras de queso, desperdigadas por el suelo, que había estado mordisqueando hacía tan sólo unos minutos; empezó a sentir repugnancia de las baldosas polvorientas de la habitación, empezó a sentir náuseas de la manzana podrida que llevaba incrustada en el dorso, náuseas de sus extremidades, de su complexión, de sus vísceras de insecto.

Creyó que todo aquello se debía al esfuerzo hecho para trepar al alféizar, llevaba día acurrucado bajo el sofá con los miembros engarrotados, aletargado en un estado de

somnolencia que le impedía el movimiento. Cerró los ojos un instante y trató de pensar en lo que haría cuando acabasen los espasmos. Saldría al salón e intentaría hacerles ver de nuevo a su familia que era Gregorio Samsa, que no podían seguir desentendiéndose de él, que no podían seguir relegándolo a la habitación donde consumía una hora tras otra en la más completa soledad. Tenían que escucharlo, tenían que levantar la cotidiana tiranía en la que se había instalado. Su familia no podía seguir ignorándolo, estaba allí, en la misma casa, dentro de la sorda conmoción de cada día, dentro del tedio, dentro de la mirada severa y cejuda de su padre, dentro de los murmullos de los huéspedes, dentro del sonido blando del violín que su hermana tocaba.

Cuando volvió a abrir los ojos pudo ver la calle y el hospital de enfrente con total claridad, algo se estaba transformando también en sus pupilas que antes sólo le ofrecían un mundo oblicuo y borroso, lleno de sonidos broncos y olores dispares.

Quiso bajar otra vez al suelo, y cuando iba a empezar a reptar sufrió un ligero temblequeo en las patas que le hizo caer precipitadamente desde lo alto. Retumbó el caparazón endurecido, notó cómo los cartílagos se estiraban hacia las extremidades como si fueran gomas elásticas. Había caído boca arriba, en aquella posición la respiración se hacía dificultosa, necesitaba darse la vuelta inmediatamente para que la tráquea se abriera. Intentó bambolearse sobre la curvatura del caparazón, y aunque lograba el movimiento no conseguía darse la vuelta. Le faltaba el aliento, estaba perdiendo fuerzas, su cuerpo crujía desbaratándose por dentro. Se apoyó en las extremidades superiores que comenzaban a alargarse exageradamente, lo mismo ocurrió al cabo de unos minutos con las inferiores. “Debo estar agonizando” pensó y cerró los ojos para esperar la muerte. Su cuerpo siguió estirándose, dilatándose, acoplándose a una forma nueva que Gregorio no sabía interpretar. Al cabo de una hora las convulsiones cesaron. “Debo haber muerto” se dijo cuando el rugido de la sangre terminó. Abrió los ojos y descubrió fascinado que su cuerpo había cobrado su primitiva forma humana.

“Esto no es más que un sueño, un sueño” se dijo oyendo por vez primera en mucho tiempo el sonido de su propia voz. Quiso refugiarse bajo el sofá, pero era demasiado voluminoso, quiso reptar hasta el techo, pero sus nuevas extremidades no estaban hechas para tal función. Poco a poco se fue poniendo de pie, podía erguirse como antes. Se miró las manos, se miró las piernas, se tocó la cara, se tocó los cabellos, se había convertido otra vez en un hombre. Gregorio Samsa era de nuevo un hombre.

Se sentó en el sofá y pensó en la manera en la que le contaría a su familia lo que le había ocurrido. Oyó que llamaban a la puerta y creyendo que era alguien de su familia se apresuró a abrir. Encontró frente a él a un hombre enjuto, moreno, de tez pálida que lo miraba fijamente. Gregorio había visto antes aquel rostro aunque no sabía dónde. No era ninguno de los huéspedes que se alojaban en casa, ni tampoco ninguno de los compañeros de trabajo.

-¿Puedo pasar, señor Samsa? -preguntó con naturalidad el recién llegado.

-Adelante- contestó Gregorio invitándolo a sentarse en el sofá -¿me puede decir quién es usted?.

-¿Aún no me ha reconocido, señor Samsa?

Gregorio volvió a examinar la faz de su acompañante. Aquellos ojos, aquella boca, aquellos pómulos, ¿dónde los había visto?. Intentó recordar lugares, situaciones en las que aquel individuo estuviera, conversaciones en las que hubiera participado, pero todos sus esfuerzos resultaron baldíos, no lograba ubicar en ningún sitio a aquel hombre.

-Discúlpeme, señor, pero no sé quién es usted.

El desconocido esbozó una ligera sonrisa y llevándose un dedo a la mejilla dijo:

-Soy Franz Kafka, tu creador.

-¿Mi creador? ¿qué quiere decir usted con eso?

-Yo te convertí en insecto, y tú has recobrado forma humana sin mi permiso.

Gregorio Samsa no daba crédito a lo que oía, aquellas ojos clavados en sus ojos, aquella voz metódica y ululante, aquellos dedos rozando su hombro le daban perfectamente cuenta de que estaba despierto, de que no estaba viviendo un sueño.

-Lo que usted dice carece totalmente de sentido, señor Kafka

-Se equivoca, usted es mi personaje, me pertenece, puedo hacer con usted lo que me plazca.

-Demuéstrémelo.

-¿Cómo quiere que se lo demuestre Gregorio Samsa?

-Tome papel y pluma y escriba lo que estoy pensando en estos momentos.

Kafka sacó un cuaderno y una pluma del bolsillo de su chaqueta e hizo lo que Samsa le había pedido. Transcurridos unos minutos, leyó a Gregorio lo que había escrito:

Bien lo sabes, Gregorio, tu padre decidió condenarte a la soledad. Tu madre y tu hermana también se cansaron de ti. Convertido en insecto, la vida se fue haciendo cada vez más absurda. Ignorado por todos, comprendiste que tu existencia no era más que una existencia de bicho repugnante, y te anclaste en el mundo que para ti habían construido, un mundo indeciso y mediocre donde una hora se convertía en una interminable sucesión de minutos difíciles de soportar. Porque tú, Gregorio, te metamorfoseaste en el insecto que llevaste siempre alojado en las pupilas como reflejo de tu condición. ¿Acaso no te diste cuenta de que todos te miraban con asco cuando eras todavía un hombre?. Acéptalo, Samsa, la vida aplastó con saña tu rostro, tu alma, tu sexo, tu destino de insecto nauseabundo y viscoso. Ahora tus fantasmas te siguen en la soledad, sientes sus pies invisibles que crujen a tu lado, sientes tus manos rodeándote, si, señor Samsa, vives una existencia desolada y desierta en la que esos espectros no pueden disolverse en la nada, porque tuvieron una individualidad nítida. Sus contornos son inconfundibles, tienen voces graves, pronuncian una y otra vez las palabras de tu padre. A ti te ha tocado eternizarte

en el tiempo del hastío para dar testimonio de los puñales y rocas que apedrean el destino, del eco y empuje que llenan de tedio las páginas de la vida.

-¡Cállese, señor! ¡Cállese! -exclamó Gregorio airado después de comprobar que aquellas palabras traducían con increíble precisión todos sus pensamientos.

Kafka lo miró fijamente durante varios minutos. Gregorio Samsa se había llevado las manos a la cara para evitar los ojos de su creador. Luego abandonando su posición de derrota, engulló las lágrimas y habló con tono firme y decidido:

-Lo que me hizo a mí, señor, a usted mismo se lo hizo.

-¿Qué dices, señor Samsa?

-Yo no soy más que un reflejo de usted, señor Kafka, mi fatalidad no le es ajena, mi destino es su destino. ¿Quién creó a quién, señor Kafka?.

-Eres mi personaje, no tienes derecho a hablarme de ese modo.

-Lo siento, señor Kafka, pero esa es la realidad. También en sus pupilas flota un insecto, también su pensamiento está la voz autoritaria de su padre, también en su alma está lo absurdo de la existencia.

-¡Silencio! ¡silencio!.

Gregorio Samsa no obedeció, y siguió repitiéndole a Kafka que su vida estaba hecha también de miserable naturaleza de insecto.

-¡Te mataré, maldito Samsa! ¡te mataré! -gritó Kafka y cogiendo la pluma de nuevo escribió:

“-¡Miren ustedes, ha reventado! ¡Ahí le tienen, lo que se dice reventado!

El señor y la señora Samsa incorporáronse en el lecho matrimonial. Les costó gran trabajo sobreponerse al susto, y tardaron bastante en comprender lo que de tal guisa le anunciaba la asistenta. Mas una vez comprendido esto, bajaron al punto de la cama, cada uno por su lado y con la mayor rapidez posible. El señor Samsa se echó la colcha por los

hombros; la señora Samsa iba solo cubierta con su camisón de dormir, y en este aspecto penetraron en la habitación de Gregorio.

Mientras, habíase abierto también la puerta del comedor, en donde dormía Grete desde la llegada de los huéspedes. Grete estaba del todo vestida, cual si no hubiese dormido en toda la noche, cosa que parecía confirmar la palidez de su rostro.

-¿Muerto? -dijo la señora Samsa, mirando interrogativamente a la asistente, no obstante poderlo comprobar todo por sí misma, e incluso averiguarlo sin necesidad de comprobación ninguna.

-Esto es lo que digo-contestó la asistente, empujando todavía un buen trecho con el escobón el cadáver de Gregorio, cual para probar la veracidad de sus palabras.

La señora Samsa hizo un movimiento como para detenerla, pero no la detuvo.

-Bueno-dijo el señor Samsa-, ahora podemos dar gracias a Dios.” [...]

E.- UN CONSEJO PARA PETER PAN

Me acuerdo de ti, Peter Pan. No vale ya decirte que pondré la luna a tus pies porque la luna se ha convertido en una metáfora sin sentido, enclaustrada en los sueños que nunca son, cuando tu juegas a ser siempre niño ¡Maldita hija de puta! quizás sea eso lo que tienes hoy que gritarme, porque sólo soy el espectro de mí misma, la indolencia fatídica y cursi de la melancolía, la sinrazón de la razón que se me propone como axioma irrefutable. Está ahí el libro, y el recorrido por el país de Nunca Jamás, en el que tantas veces te acompañé. Ahora en esta cuartilla amarillenta intento escribirte lo que soy, un indecible estado de ánimo me embarga, un llanto estúpido que me reencuentra con el títere en el que me he convertido. Lloro porque ya no estás conmigo, Peter Pan, ahora

estoy acariciando la fiera herida de la soledad. Por eso te doy un consejo: no crezcas nunca, y si alguna vez lo haces, no te dejes vencer por la melancolía.

F.-CUANDO ABRO LOS OJOS

La rutina nos espera como una hiena agazapada
que sale a la hora del banquete canónico,
a la hora de la sonrisa parapélpeda de la hipocresía,
a la hora de los claxons que nos vilipendian,
a la hora de la exequia chejoviana,
a la hora de la pastilla contra el colesterol,
a la hora de las peroratas semiexistencialistas,
a la hora más mediocre de las horas,
a la hora que traza el putaño reloj de la torre
cuando llega el alba sin memoria.

Otra vez la rutina de vivir sola entre tanta gente,
otra vez el crimen de lesa patria: la vergüenza de Judas,
otra vez la revolución enfermiza de un recuerdo
que se va diluyendo en ti como una lluvia estéril,
como una flor marchita, como un paroxismo inútil.

Me siento clavada en la inercia de la inercia,
me siento transportada por Caronte
hacia el Hades donde dejaste a los mercenarios,
soy la parásita de tu pensamiento cansado,
el beso cacofónico, la voz inarmónica,
la rosaliana triste, la lorquiana indefensa,
la ilusión gastada, la reverencia irreverente
de la querencia monótona y ramplona.

G.-REFLEXIONES

- 1.-Era un día de zinc, de soles cercenados, de orillas sin mar.
- 2.-Había un bosque erguido por el martillo humano en pretendida armonía de muerta naturaleza.
- 3.-Reía la piedra en su dura eternidad, y algún pájaro desplumado se molestaba en soltar un trino.
- 4.-Miraban el mundo los ojos blancos de un ciego, y en el círculo de pupilas vacías reventaba la ira opaca de las horas.
- 5.-Los sucios espejos mascaban tabaco, enseñaban vidas derrotadas, allí, en su invisible fondo, quedaba el precario ornato de la feroz existencia.
- 6.-Los rostros se cubrían de máscaras acomodadas ya como segunda piel, se borraban identidades en el mentiroso gesto de la careta.
- 7.-Dios estaba en los maniquíes y a través de un cristal ahumado contemplaba a los locos de la acera.
- 8.-No había palabras, todo era un terrible sueño de cucaracha.

H.- EPÍSTOLA PARA LA ESPERANZA DE UN MELANCÓLICO

Nota aclaratoria: esta epístola concluye el pequeño tratado de melancolía.

Fue escrita por mí después de un año de tratamiento

Quizás hoy toda palabra sea para ti un alarde de torpeza, quizás toda palabra sea un vacío para tu desánimo, pero yo no puedo ofrecerte otra cosa, porque yo no puedo concebir el mundo sin ella.

Andas buscando lo que no encuentras, y encuentras lo que jamás habías buscado, y miras atrás y de repente observas que tu pasado es todo cuanto no has conseguido ser. Deambulas por un laberinto y no hallas la salida, y te pierdes una y otra vez en el cansancio, en la angustia que son los muros que te impiden salir del dédalo.

Y la vida real se te antoja un castigo, una ironía del destino, de dios, o de cómo quiera que se llame. Llega el momento en que te has dado incluso aquello que deseas, todo es inútil y lo sientes como tal, y todo muere en ti, incluso el saber que puedes soñar.

Te sientes derrotado como ayer, como hoy, navegante a la deriva, sin un por qué, sin un cómo, sin un saber de tu propia existencia. Y las horas transcurren lentas llenándote de un vacío que nada llena sino el absurdo, y te das cuenta de que eres el esclavo de la rutina, de la necesidad ajena, de las miradas coléricas de los otros, de la pobreza de mente de los que te rodean, de la sordidez de espíritu de los que sólo piensan en ser por fuera y no por dentro. Y si quieres estar entre ellos cabe el acto sumo de la prostitución barata y la sonrisa fácil del halago que te hace más ausente.

Te sabes inmensamente solo rodeado de mucha gente.

Y como aquel condenado de la mitología griega, desdichado Sísifo, subes la roca hasta la cumbre y rueda de nuevo sin que tengas ya fuerzas para levantarla. El llanto acude y nada de lo que hiciste valió la pena, porque para hacerlo nunca fuiste tú mismo. Te quejas como un niño enfermo, y piensas, cansado de pensar, y andas cansado de andar, y hablas cansado de hablar, y quieres cansado de querer.

Y tu nacimiento fue una equivocación, tal vez lo creas porque consideras equivocado el camino de tu vida, tu vida misma. Sí, quizás sea así como te sientes hoy, como te sentiste ayer, como te sientas mañana...

¿Qué puedo hacer por ti si no regalarte palabras?

Tienes que saber que la monotonía de todo empieza en la monotonía de ti mismo. He aprendido a base de mucho dolor y muchas lágrimas, que la vida es para nosotros lo

que concebimos en ella, y si la concebimos como una perpetua ambición de grandes ideales sólo nos acarreará sufrimiento. Tenemos que empezar a apreciar lo que tenemos, y considerarnos dichosos de tenerlo. ¿Cuánto daría un ciego por tener tus ojos, o un mudo por tener tu voz? Si de repente te vieras privado de algo de esto, empezarías a valorar lo que ahora tienes y apenas concibes como dicha. Empieza a ser feliz mirando a tu alrededor. ¿Hay algo más bello que un amanecer? El problema surge si quieres ver el amanecer desde lo alto de un palacio y no desde campo abierto. ¿Crees que gozaría igual un labrador que un rey? ¿Entonces por qué quieres ser el rey? Hay muchas cosas que te harán disfrutar si tú quieres: un poema, una música, un paseo a orillas del mar, la mirada de un niño, la sabiduría del relato del que es anciano ya. Cada minuto tiene que ser distinto y pleno, cada día distinto y pleno, y si es así sabrás que estás encontrando el camino.

Crécete cada día por ser como eres, no te odies, no te culpes, porque odiándote y culpándote no se llega a ningún sitio. Pide ayuda y considérate el más afortunado de los mortales porque sabes vivir haciendo frente a la melancolía. Todo llegará. Amarás, querrás, reirás... serás tú mismo y no una marioneta de la tristeza.

No te sientas solo nunca, y piensa siempre que merece la pena vivir.